

COLECCIÓN ARIEL

Nº 14

SCHILLER

(Federico Schiller es uno de los primeros poetas de Alemania (1759 á 1805). Escribió filosofía, tragedias, (*María Estuardo*, *Guillermo Tell*), historia, (*La Guerra de los Treinta Años*) y poesía (*Baladas*).

El Buzo

«Quién pues, caballero ó vasallo, se atreverá á zambullirse en ese abismo? En él arrojo una copa de oro; la sima oscura ya la ha tragado; pero el que me la vuelva á traer la tendrá en recompensa.»

Así dijo el Rey, y, desde lo alto de una peña ruda y tajada colgante sobre el mar inmenso, ha arrojado su copa en la sima de Caribdis: (1) «Hay algún hombre de valor que en ella quiera arrojarse?»

Han oído los caballeros y los vasallos; pero se quedan callados; miran el mar indómito y el galardón no tienta á nadie. El Rey repite por tercera vez; «Cuál de vosotros se atreverá pues á zambullirse?»

Todos guardan silencio; pero he aquí que sale del grupo tembloroso de los vasallos un paje de semblante suave y valiente. Arroja su cinturón, se quita la capa, y todos los hombres, todas las mujeres admiran con miedo su valor.

(1) Aquí entiéndase por Caribdis un poderoso remolino interno de las aguas.

Y, mientras se adelanta sobre la punta de la peña midiendo el abismo, Caribdis vomita las ondas que ha devorado y que salen de su profunda boca con el fragor del trueno. Las aguas hierven, se hinchan, se rompen y rugen como trabajadas por el fuego; la espuma hecha polvo salta hasta el cielo, y las olas sobre las olas se amontonan como si no se pudiese agotar el abismo, como si de la mar naciera otra mar!

Pero al fin su furor se calma, y, entre la blanca espuma aparece su boca negra y anchurosa, como una lumbrera del infierno; de nuevo se arremolinan las ondas y en ella se precipitan ladrando.

Pronto, antes del regreso de las olas, el joven encomienda su alma á Dios, y... el eco repite un grito de terror! lo han arrastrado consigo las olas, parece que se cierre misteriosamente la boca del monstruo tragándose al atrevido buzo... No vuelve á parecer!

El abismo abonanzado no deja oír sino un endeble murmullo, y mil voces repiten temblando: «Adiós, joven de noble corazón!» Siempre más sordo se aleja el ruido y se aguarda con inquietud, con terror.

Aun cuando arrojaras tu corona, y dijeras:

«El que me la vuelva á traer la tendrá en recompensa y será rey...» no me tentaría tan glorioso premio. Alma viviente nunca ha contado los secretos del abismo que ladra!

Cuantos buques arrastrados por el torbellino se han perdido en sus profundidades; pero no han vuelto á parecer más que mástiles y vergas destrozadas por encima de la insaciable tumba.

—Y el rumor de las olas resuena más distintamente, se va acercando, acercando, después estalla.

Helas ahí que hierven, se hinchan se rompen y rugen como si las trabajara el fuego; la polvorosa espuma sube hasta el cielo, y las olas se amontonan; después con el fragor de un lejano trueno, cobijan el profundo abismo.

Pero mirad: de entre las negras olas va subiendo como un cisne resplandeciente; en breve se

distingue un brazo desnudo, blancas espaldas que nadan con vigor y perseverancia... El es! con su mano izquierda levanta la copa haciendo señas de alegría!

Y su pecho jadea; jadea largo rato; en fin el paje saluda la luz del cielo. Un dulce murmullo vuela de boca en boca: «Vive! aquí lo tenemos! el buen joven ha triunfado del abismo y de la tumba!»

El se acerca, la multitud alegre le rodea, cae á los pies del Rey, é hincándose de rodillas, le presenta la copa. El Rey manda que venga su amable hija que llena el vaso hasta arriba de espumante vino y el paje, después de haber bebido, exclama:

«Viva el Rey por largo tiempo! Felices los que respiran bajo la dulce claridad del cielo!... el abismo es una terrible mansión; que el hombre no siente más los dioses, y no procure más ver lo que su sabiduría rodeó de tinieblas y de espanto.

»Primero me arrastraba la corriente con la rapidez del rayo, cuando un torrente impetuoso, salido del riñón de la peña, se precipitó sobre mí; esa doble potencia me hizo por largo tiempo dar vueltas como el trompo de un niño: era irresistible.

»Dios á quien imploraba en mi angustia, me enseñó una punta de roca que se adelantaba en el abismo, me agarré de ella con movimiento convulsivo, y evité la muerte. Allí estaba la copa colgando de unas ramas de coral, que habían impedido se hundiera en profundidades infinitas.

»Pues debajo de mí, habían como unas cavernas sin fondo, alumbradas por una especie de vislumbre rojiza; aunque estuviera atolandrado y mis oídos fuesen cerrados para todos los sonidos, mi vista columbró con terror multitud de salamandras, de reptiles, de dragones que se agitaban con un movimiento infernal.

»Era una mezcla confusa y asquerosa de rayas espinosas, de perros marinos, de esturiones monstruosos y de horrorosos tiburonés, hienas de los mares, cuyos rechinamientos me helaban de espanto.

»Y allí estaba yo suspendido con la triste certidumbre de hallarme lejos de todo amparo, solo ser sensible entre tantos monstruos diformes, en una soledad espantosa, donde ninguna voz humana podía penetrar, enteramente rodeado de figuras inmundas.

»Y me estremezco sólo al pensarlo... Al verlos dando vueltas en rededor de mí, me pareció que venían para devorarme... En mi espanto, abandoné la rama de coral, de la cual estaba colgando; al mismo instante el abismo volvía á vomitar sus ondas bramadoras; eso fué mi salvación pues me volvieron á traer á la luz del día.»

El Rey manifestó alguna sorpresa y dijo: «Te pertenece la copa y le añadiré este anillo adornado de un precioso diamante, si tientes otra vez el abismo, y me traes noticia de lo que pasa en las profundidades más remotas.»

Al oír estas palabras, la hija del Rey conmovida, así le suplica con voz cariñosa: «Dejad, padre mío; dejad un juego tan cruel; ha hecho por vos lo que ningún otro se hubiera atrevido á hacer. Si no podéis poner un freno á los deseos de vuestra curiosidad, que vuestros caballeros sobrepujen en valor al joven vasallo.»

El Rey cogió vivamente la copa y volviéndola á arrojar en la sima: «Si tú me la vuelves á traer otra vez, serás el más noble de mis caballeros, y podrás hoy mismo dar el beso de esponsales á la que con tanto ardor intercede por tí.»

Un divino ardor se apodera del alma del paje; en sus ojos chispea la audacia; ve á la joven princesa, sonrojarse, palidecer y caer desmayada. Tan digno galardón tiente su valor, y se precipita de la vida á la muerte.

La ola ruge y se hunde... Pronto vuelve á subir con el fragor del trueno... Cada uno se inclina y dirige sobre ella una mirada de interés: la sima vuelve á tragarse y á vomitar las olas, que siguen levantándose, cayendo y rugiendo... pero sin volver el buzo.

El Ideal

Quieres pues, infiel, separarte de mí, con tus dulces ilusiones, tus penas y tus placeres? Nada puede detenerte, oh tiempo de oro de mi juventud? En vano te llamo... Tú corres á precipitar tus ondas en la mar de la eternidad!

Esos alegres rayos que antes alumbraban mis pasos ya no tienen su brillo; han desaparecido las brillantes ilusiones que llenaban el vacío de mi alma: ya no creo en los sueños que mientras dormía me parecían tan hermosos y divinos, la fría realidad los ha herido de muerte!

Así como Pigmalión, en su ardiente amor abrazaba un mármol helado hasta comunicarle el sentimiento y la vida, yo estrechaba entre mis brazos la naturaleza con todo el fuego de la juventud, para animarla con mi alma de poeta.

Y, participando de mi llama, hallaba una voz para contestarme, me devolvía mis caricias, y comprendía los latidos de mi corazón: el árbol, la rosa, todo para mí tenía vida, el murmullo de los arroyos me deleitaba como un canto, mi aliento había dado la existencia á los seres más insensibles.

Entonces un mundo entero se apiñaba en mi pecho, impaciente de manifestarse á la luz del día, por la acción, por la palabra, por las imágenes y por los cantos... Cómo me pareció grande ese mundo mientras se quedó escondido como la flor en su capullo! Pero qué poco se ha abierto esa flor! cuán ruin y despreciable me ha parecido después!

Cómo se arrojaba en la carrera de la vida el joven sin cuidados! Feliz con sus sueños soberbios, libre todavía de zozobras, la esperanza se lo llevaba al cielo; no había altura, no había distancia que no pudieran salvar sus alas!

Nada ponía obstáculo á ese feliz viaje, y qué amable multitud se agolpaba al rededor de su carro! El amor con sus dulces favores, la dicha co-

ronada de oro, la gloria con la frente ceñida de estrellas, y la verdad enteramente desnuda á la luz del día!

Pero ay! en medio del camino perdió sus perdidos compañeros, y unos después de otros, se habían apartado de él: la felicidad de los pies ligeros había desaparecido, la sed del saber no podía apagarse ya, y las tinieblas de la duda venían á empañar la imagen de la verdad.

He visto las santas palmas de la gloria prodigadas á frentes vulgares; el amor se voló con la primavera; el camino que yo seguía se fué volviendo cada día más silencioso y desierto; apenas la esperanza lo alumbraba á veces con desmayada luz.

Entre todo ese largo cortejo cuáles fueron las dos divinidades que fieles me quedaron, que me prodigan todavía sus consolaciones y me acompañarán hasta mi última morada?... Eres tú, tierna amistad, cuya mano sana todas las heridas, tú que conmigo compartes la carga de la vida, tú á quien he buscado desde tan temprano y á quien he hallado al fin.

Eres tú también, benéfico estudio, que disipas las tormentas de mi alma, que creas difícilmente, mas no destruyes nunca; tú que al edificio eterno añades sólo un grano de arena sobre un grano de arena, pero que sabes quitar al tiempo avariento minutos, días y años!

Fidelidad

Meros, el puñal bajo su túnica, se desliza cautelosamente junto al tirano Dionisio. (1) Los guardias le detienen y le maniatan.

—Qué pensabas hacer tú, armado de ese puñal? Habla! dice furioso el rey, con aire sombrío.

—Librar la ciudad de un tirano.

(1) *Dionisio el Antiguo*, célebre tirano de Siracusa: 430 á 368 antes de Jesucristo.

—Espiarás en la cruz tu crimen.

—Estoy pronto á morir—dice Meros—y no te pido la vida; pero si quieres otorgarme una gracia, te ruego me concedas tres días, el tiempo necesario para casar á mi hermana. Te dejo por fiador á mi amigo; moriré por mí si te falto.

Sonrió el tirano con pérfida malicia, reflexionó un momento, y dijo:

—Te concedo los tres días; pero, entiéndelo bien, si espira el plazo sin que tú vuelvas, moriré en tu lugar tu amigo; tú quedarás absuelto.

Va Meros en busca de su amigo, y le dice:

—El rey manda que pague en la cruz mi criminal tentativa. Me concede, sin embargo, tres días, el tiempo necesario para casar á mi hermana. Queda de fiador en las manos del rey hasta que yo vuelva y haga soltar tu cadena.

Su amigo fiel le abraza en silencio y se entrega al tirano. Meros sale al punto, y antes no brille la tercera aurora, se apresura á casar á su hermana y volver, llena de inquietud el alma, por no faltar al plazo.

Pero he aquí que llueve á torrentes y sin tregua; se precipitan los manantiales de lo alto de las montañas; se hinchan las corrientes, y cuando llega á la orilla del río con un bastón de viaje en la mano, se hunde improviso el puente, roto por las olas con el estrépito del trueno.

Desesperado, vaga por la ribera; ni en cuanto abarcan sus ojos distingue lancha alguna sobre las aguas que pueda llevarlo á la otra margen, ni en cuanto alcanza su voz encuentra barquero alguno que pueda trasportarlo.

Cae entonces á la orilla del río, llora, levanta al cielo las manos, y dice á Júpiter: «Oh!, detén la violencia del torrente. Corren las horas, está el sol en la mitad de su carrera y si se pone sin que yo llegue á la ciudad, va á morir por mi causa mi amigo.»

Pero crece y se renueva el furor del torrente, las olas empujan las olas, pasa una hora tras otra. Movidó Meros por la inquietud, se reviste de valor y se arroja en las mugientes aguas. Corta la

corriente con vigoroso brazo, y logra que le tengan piedad los dioses.

Alcanza la opuesta margen y se aleja apresuradamente dando gracias á los dioses que le salvan, cuando de lo más sombrío del bosque sale una cuadrilla de bandoleros y le ataja el paso.

Respirando la muerte y blandiendo en son de amenazar sus armas, le detienen en su rápida carrera.

—Qué queréis? esclama Meros, pálido de espanto:—No tengo más que mi vida, y ésta la debo al rey Dionisio—dice, y arrancando la masa al que tiene más cerca, añade:—En nombre de mi amigo, tened piedad de mí!—Bajo sus terribles golpes, tres bandidos muerden el polvo de la tierra.

Vibra el sol sus abrasadores rayos; y abrumado Meros por la fatiga, siente que se doblan sus rodillas.—Oh!—esclama—me habéis sido propicios para salvarme de las garras de los bandoleros, arrancarme al furor de las olas, volverme al sagrado suelo de la patria; y ¿me váis ahora á dejar morir devorado por la sed, y consentir que sucumba mi amigo, mi noble y generoso amigo?

Escuchad!, suena junto á él un ruido claro y argentino como el murmullo del agua que corre. Se detiene Meros, presta atento oído; mirad! brota de la roca un manantial vivo y rápido que trina dulcemente. Ebrio de gozo, se inclina y refresca sus abrasados miembros.

Ya el sol atraviesa el verde follaje de las ramas, y dibuja sobre las brillantes praderas las gigantescas sombras de los árboles. Distingue á dos viajeros en su mismo camino y se esfuerza por alcanzarlos con rápido curso, cuando oye que pronuncian estas palabras:—Ahora le están poniendo en la cruz.

Su angustia da alas á sus pies ágiles, y los tormentos del miedo precipitan sus pasos. Entre los rayos de púrpura del sol descubre las almenas de Siracusa, cuando se adelanta Filostrato, el fiel guarda de su casa, y reconociendo en Meros á su dueño, esclama enajenado:—Huye, no puedes ya

salvar á tu amigo; salva siquiera tu vida. En este momento sufre la pena de muerte. De hora en hora esperaba tu vuelta, lleno el corazón de esperanza; las amargas burlas del tirano no bastaban á matar su valerosa fe en su amigo.—Si es ya tarde—dice Meros,—si no puedo presentarme á sus ojos como el salvador que esperaba, quiero que por lo menos me reuna con él la muerte. No quiero que ese sanguinario tirano pueda vanagloriarse de haber visto á un amigo hacer traición á su amigo. Que inmole dos víctimas, y crea en el amor y en la fe.

Se está poniendo el sol cuando llega Meros á las puertas de la ciudad y ve ya en pie la cruz y en torno la muchedumbre con la boca abierta.

Están levantando á su amigo, atado á la fatal cuerda. Al verlo hiende con violencia las densas filas de los soldados, y exclama:—A mí, verdugos, me toca morir en vuestras manos, vedme aquí: yo soy aquel por quien él ha salido responsable.

El pueblo que está alrededor queda estupefacto: los dos amigos caen el uno en los brazos del otro y lloran de dolor y de alegría; no hay ojos sin lágrimas. Llevan al rey la mavirosa nueva, y conmovido los hace comparecer al punto ante su trono.

Los mira largo rato con sorpresa, y luego dice:

—Habéis subyugado mi corazón, habéis vencido. La fidelidad, no es, pues, una ilusión vana?

Aceptadme como uno de los vuestros: admitidme como un tercero en vuestra reunión.

DOCUMENTOS DE LA PRENSA LOCAL (*)

La lucha es necesaria

En una sociedad en la cual todos sean de un mismo parecer, habrá equilibrio estable de las

(*) En adelante quedará abierta esta sección para los lectores de ARIEL. En ella se archivarán—tomadas de las publicaciones del país—las páginas que merezcan conservarse por el valor de sus ideas ó de sus sentimientos.

voluntades, pero ese fenómeno también puede llamarse de estagnación (1); allí habrá paz, mas no progreso. Las sociedades van hacia adelante sólo á condición de que haya en su seno espíritus descontentos y voluntades pugnaces. Que la lucha haya de ser sin balas explosivas, sin flechas envenenadas, en fin, guerra civilizada, como si dijéramos, santo y bueno; pero lucha, nos es forzoso tenerla. En el frontispicio de la República no podemos inscribir el lema: *La paz reina en Varsovia* (2), sino el de los positivistas, que implica desasosiego, aunque no revuelta: *El progreso en el orden*. Nadie más tolerante y manso que Jesús; y sin embargo son suyas aquellas palabras: *No penséis que he venido para meter paz en la tierra*. La grandeza del gobierno republicano consiste en que estimula la diversidad de opiniones; en que permite pensar de distinto modo que los depositarios temporales del poder; en que es por excelencia el gobierno del libre examen, de los encontrados pareceres. La ley de la vida es la continua acción y reacción, la lucha perpetua en la arena. Dejamos los hombres de querellarnos cuando la inquieta llama de la inteligencia se estingue. En los cementerios cesan las voces discordantes de los hombres; pero, también, aquellos son los dominios estériles de la muerte. La sociedad política en que no se oye desde lejos el tumultuoso rumor de las discusiones de la plaza pública, podrá gozar de la felicidad en que pensaba Lutero, al esclamar en el campo santo de Worms *Invidio quia quiescunt* (3) mas nunca, de la que ansían pueblos vigorosos y libres.

(1) Estancamiento.

(2) *La paz reina en Varsovia* es una espresión famosa. Por vez primera salió de los labios del general Sebastiani, Minisiro de Negocios Estranjeros de Francia, cuando las vivas interpelaciones de la Cámara lo obligaron á dar cuenta del estado de las relaciones entre Rusia y Polonia. A la misma hora el ejército ruso ocupaba á Varsovia y la insurrección polonesa era ahogada en un mar de sangre. *La paz reina en Varsovia*, dijo el Ministro; en efecto, el orden reinaba en la desdichada capital de Polonia, pero era el orden y el silencio de los sepulcros.

(3) *Los envidio porque hallaron el descanso*, serían en castellano las palabras del célebre reformador religioso germano Martin Lutero.

Cuentan que en Sebastopol (1) los soldados franceses y rusos, después de la lucha del día, fraternizaban en la dulzura de la tarde. He aquí un símbolo admirable.

Ricardo Jiménez

(*La República*, n.º 7109, 1.º de setiembre de 1907.)

Cosa imposible

Al final de su respuesta leo una proposición que me sorprende. Ha encontrado usted «políticos liberales católicos en religión». Eso, desde 1831, es absolutamente imposible.

Un político liberal defiende la libertad de prensa y tal libertad está condenada por la Encíclica (2) de Gregorio XVI, en 1831 y por la de Pío IX, en 1864.

Un político liberal defiende la libertad de conciencia y está condenada por la misma Encíclica y por el *Syllabus*. (3)

Un político liberal asigna al Estado el poder de definir los derechos civiles de la Iglesia y esto se halla condenado por el *Syllabus*.

Un político liberal defenderá el matrimonio Civil y está condenado por el *Syllabus*.

Quien ha merecido el anatema de la Iglesia no puede ser católico en religión. Esto es evidente.

Que un sabio sea católico en religión es más explicable. Anatolio France (4) cuenta en su *Jardín*

(1) *Sebastopol*. Puerto de Crimea (Rusia) en el Mar Negro. Después de un año de sitio se apoderaron de él, en 1855, las tropas inglesas y francesas.

(2) Una Encíclica es una circular que el papa dirige al clero de una nación ó de todo el mundo católico.

(3) *El Syllabus* es uno de los artículos de la Encíclica del papa Pío IX (1764). En él se señala y se define á los católicos los movimientos y las ideas modernas que deben ellos considerar en desacuerdo con los dogmas de la Iglesia Católica.

(4) Poeta y novelista francés contemporáneo.

de Epicuro, que habiendo visitado un museo, un sabio encargado de la sección de zoofitos (1) le informó sobre esta materia con estremada complacencia. «Pero—dice—cuando nos encontramos ante los primeros vestigios del hombre, volvió la cabeza y respondió á mis preguntas que aquella no era su vitrina. (2) Deploré mi indiscreción. Conviene no preguntar á un sabio los secretos del universo que no estén en su vitrina. Eso no les preocupa nada». A ciertos sabios el ser católicos no les preocupa nada. Eso está en la otra vitrina.

Roberto Brenes Mesén

(*Prensa Libre*, agosto 24 de 1907).

Al campo, jóvenes!

La orientación hacia la tierra, de los jóvenes que salen de la segunda enseñanza, con una buena base de conocimientos científicos, con otros horizontes, otras aspiraciones, otro espíritu, muy distinto del de nuestros cultivadores del pueblo, sería, sin duda alguna, uno de los medios más eficaces para asegurar la conservación de la fertilidad de nuestras tierras. Mientras la agricultura esté en las manos de cultivadores no instruidos, apegados á sus rutinas, no se conseguirá salir del estancamiento en que vivimos hace mucho tiempo. En manos de la juventud instruida se produciría indudablemente una rápida evolución. Por este motivo, creemos que la Escuela de Derecho, que atrae anualmente los mejores elementos de nuestra juventud, ha llegado á convertirse en una verdadera plaga social. Hay que obstaculizar la entrada á esa escuela. Las energías que en ella se consumen, sin utilidad bien positiva para nues-

(1) Animales con apariencia de plantas como *los corales*.
(2) Escaparate, armario ó caja en forma de pupitre.

tro país, podrían, aplicadas á la más importante de nuestras industrias, aumentar, en una proporción que no podemos preveer, la riqueza de nuestro país y el bienestar general. Esforcémonos en infundir en nuestra juventud instruida el pensamiento de Jorge Washington, que dijo estas palabras: «La agricultura es el más saludable, el más útil y el más noble empleo del hombre.»

Enrique Jiménez Núñez

(*Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, 10 de Julio de 1907.)

Preparemos sin descanso el porvenir...

Eterna gloria para quienes nos hicieron libres; veneración inmensa para los humildes viejos iluminados que fundaron la República. Y que su ejemplo irradie sobre nuestras conciencias inspirándolas en la virtud y en el bien. El recuerdo de ellos es una imperecedera lección para nosotros. La libertad no basta: es preciso que los pueblos sean, quieran ser dignos de su libertad. En las naciones, así como en los individuos, la meta suprema es la perfección; á ésta no se llega sino por las sendas del progreso. El orden es la condición natural de todo adelanto, el único ambiente posible en que el progreso puede desarrollarse. El orden intelectual es la cultura y por medio de ella los países adquieren su perfeccionamiento; gracias á ella los hombres se hacen viril y concientemente libres.

Preparemos sin descanso el porvenir, atendamos con doble empeño lo material y lo inmaterial, las ideas y los hechos, el alma y el cuerpo de la patria. Con mirada retrospectiva estudiamos hoy los recuerdos de ayer: urge también pensar en el futuro. Que nuestra voluntad, como la repercusión de un sonido, sea solidaria con la voluntad de nuestros padres, los próceres del 21. Mañana se-

remos nosotros los viejos y qué baldón, que ignominia si las generaciones del porvenir nos vilipendian como derrochadores del caudal paterno.

Conservemos íntegro y reproductivo el tesoro de nuestras libertades con un incesante movimiento de cultura; impulsemos el progreso en todas direcciones; consolidemos cada día, en la escuela, en la tribuna, en el periódico, en las leyes, en las prácticas, en la aspiración ideal, la obra de la independencia.

Guillermo Vargas

(Páginas Ilustradas. Setiembre 15 de 1907)



La América del porvenir

Los Estados Unidos, como argolla de bronce,
contra un clavo sujetan de la América un pié;
y la América debe, si pretende ser libre,
imitarles primero, é igualarles después.
Imitemos oh Musa! las crujientes estrofas
que en el Norte se arrastran con la gracia de un tren
y que giren las rimas como ruedas veloces
y que caigan los versos como varas de riel.

Desconfiemos del Ogro de los ojos azules,
cuando quiera robarnos el calor del hogar
y con pieles de búfalo un tapiz nos regale
y lo clave con discos de sonoro metal:
pero nada es el verle, si imitarle no quieren
los que ignoran, gastándose en belígero afán,
que el trabajo no es culpa de un Edén ya perdido,
sino el único medio de volverlo á gozar.

Pero nadie se duela de futuras conquistas:
nuestras selvas no saben de una raza mejor,
nuestros Andes no saben lo que importa ser blanco,
nuestros ríos no saben lo que vale un sajón;
y así el día en que un pueblo de otra raza se atreva

á explorar nuestras patrias, dará un grito de horror,
porque el miasma, la fiebre, el reptil y el pantano
le hundirán en la tierra bajo el fuego del sol!

No, por eso, la raza de los blondos cabellos
romperá al fin el Istmo; lo tendrán que romper
veinte mil antillanos de cabezas oscuras,
que hervirán, en las brechas, cual sombrío tropel.
Raza de las Pirámides, raza de los asombros;
Faro en Alejandría, Templo en Jerusalem;
raza que esprimió sangre sobre el romano circo,
y que esprimió sudores sobre el canal de Suez!

Cuando rompan el nudo que Natura ha formado,
cuando entreabran las fauces del sediento canal,
cuando al golpe de vara de un Moisés en las rocas
solemnemente arrójese uno contra otro mar,
en el épico instante que señale el encuentro,
un aplauso de júbilo ambos mares darán,
que resuene en los aires á manera de un brindis
como chocan dos vasos de sonoro cristal...

Bajo el clima benigno de su diáfano cielo,
duerme Payta en el norte de mi amado Perú:
hasta él ese aplauso llegará; y ese aplauso
vibrará en sus oídos como voz de virtud.
Payta, libre al comercio, será escala postrera
de las naves que hiendan el Pacífico Sur;
y las naves que emigren hasta el Asia, en su puerto
hallarán un momento de reposo y salud.

En la Punta Fariña, que señala el extremo
con que avanza la América hacia el Asia, un fanal,
como estrella de magos en columna rebelde,
á manera de un índice una luz tenderá;
y á ese Faro las naves que el vapor estimula
de Occidente y Oriente, Sur y Norte, vendrán,
como iban al Faro que elevó Alejandría
los alados veleros de la Clásica Edad...

Cuando luego de Payta, como enérgico impulso,
amazónica margen solicite el carril,

y el Pacífico se una con el épico Río,
y galopen los trenes sacudiendo la crin.
rendirán nuestros bosques sus mejores tributos
á las naves que lleguen hasta el puerto feliz;
y el Canal será el golpe que abrir le haga las manos
y le quite las llaves del Gran Río al Brasil.

Oh la turba que, entonces, de los puertos vibrantes
de la Europa Latina llegará á esa región!
Barcelona, Havre, Génova, en millares de manos
mirarán los pañuelos sacudiendo un adiós...
Y el latino que sienta del vivaz Mediodía
ese Sol en la sangre parecido á este Sol,
poblará nuestros bosques y vendrá desde Europa
por el propio camino que le alista el Sajón!

Vierte oh Musa! tus cantos como linfas que corren
y que fingen corriendo milagroso Jordán,
donde América pueda refrescar sus fatigas
redimir sus pecados, sus miserias lavar:
y después que en el baño quede exenta de culpa,
enjugarse las aguas y envolverse quizás
entre sábanas puras, que se tiendan al viento
como blancas banderas de Trabajo y de Paz...

José Santos Chocano

Joven Literatura Hispano Americana, pgs. 44 á 46).



La Ola y el Viento

A la bondadosa compañera de José María Zeledón

«Día de pereza es hoy», le dice al viento
una ola y con discreto movimiento
estiendo su falda verde de ancha guarda
de flojeles (*) de gaviota. El viento tarda
en responder á la ola. Piensa mucho.

(*) Son las plumitas finas que se notan en el pecho de las aves.

Después, abriendo sus alas de aguilucho, se columpia en las espaldas de la ola, diciéndole: «Comtemplaba el alba cola de tu falda, salpicada de ficticias cóleras de espuma, hinchada de caricias que vaciabas en el seno de la playa recostada frente á tí. La inmóvil raya que forma el cristal del lecho de este mar me hipnotiza y me sugiere un malestar secreto y hondo, como ansias encantadas de cruzar las estensiones desoladas que los hombres aun no habitan, porque ignoran su existencia. Estensiones en que moran otros seres invisibles que meditan, que conocen más que el hombre, que palpitan con el alma y la armonía de los mundos que más tarde habrán de ser los Nuevos Mundos de la mente de los hombres.

Soy el viento;
y en la seda de mis alas va un portento de energía, va la fuente de los siete grandes mares que el mortal aun no somete bajo el dombo de la urna de su ciencia; mi fuerza está hecha de luz y de conciencia. Cuando soplo suavemente en la ribera con mi rumbo al horizonte, mar afuera, se salpica el mar de velas que se llevan en sus combas los adioses que se elevan de las manos á los mástiles ondeantes. I se alejan de la costa, por instantes, las velas, como bandadas de gaviotas, trasportando los adioses de alas rotas que se marchan en la tarde hacia el misterio de las aguas infinitas, al imperio de lo ignoto bajo un cielo de esperanza. Si aromados van de amor, les doy bonanza»
Un cendal de blancos lirios puso la ola por encima de sus hombros; luego sola, cual si fuese persiguiendo un pensamiento, se echó á nadar tras el vuelo de aquel viento.

Roberto Brenes Mesén

Los verdaderos dueños del suelo

Con razón se ha dicho: «El suelo es la base legítima de una aristocracia»; el que posea el suelo más enérgicamente que todos, es el gobernador, el virrey de los hombres que viven en el suelo. Todo sigue en nuestros días como en los tiempos de Enrique Plantagenet (1) y del abad Samson, como seguirá en todos los tiempos. La tierra es la madre común, nos alimenta, nos da abrigo, ahuyenta nuestros pesares y, en su ternura, nos enriquece; desde nuestro primer despertar á la vida hasta nuestro último sueño sobre su maternal y bendito seno, de cuántos modos nos estrecha en sus maternales y amorosos brazos!

Quién podrá romper los vínculos que me unen á la colina sobre la cual vi por primera vez elevarse el sol cuando el sol y yo mismo y todas las cosas nos hallábamos en la aurora? Místicas y profundas, como el centro del mundo, son las raíces que he echado en mi suelo natal; ningún árbol tiene en el suelo raíces tan profundas. Desde el más noble patriotismo hasta el más humilde mecanismo industrial; desde el acto sublime de morir por la patria, hasta los actos más vulgares, como extraer hulla ó abrir una cantera, la vida toda de una nación depende de su suelo. Hay que decirlo y repetirlo muchas veces: no puede haber verdadera aristocracia si no tiene la posesión del suelo.

Los hombres hablan de «vender» el suelo. El suelo, es verdad, como los poemas épicos y como las cosas más sublimes, en un mundo tan traficante como el nuestro, se cotiza en vista del provecho que puede reportar y es susceptible, como

(1) *Plantagenet*.—Enrique II Plantagenet, jefe de la dinastía del mismo nombre, subió al trono de Inglaterra en 1154 y su raza reinó 351 años hasta el advenimiento de Enrique VII, jefe de la familia Tudor.

La vejez de Enrique II fué emponzoñada por 3 alzamientos de su propio hijo y sucesor, el famoso Ricardo Corazón de León.

decimos, de ser «vendido»; pero cuando se trata de adquirir con algunas monedas la *Ilíada* de Homero, y mucho más el suelo del Creador del mundo, el concepto de «vender» es de ridícula imposibilidad. Compramos lo que es vendible; solo esto ha sido siempre comprable. Quién puede ó podrá vendernos aquel? Para hablar con propiedad, el suelo pertenece á estos dos propietarios: A Dios todo poderoso y á todos los hijos de los hombres que han trabajado sobre el suelo ó que trabajen en lo futuro. No hay generación humana que, sean cualesquiera las solemnidades y los esfuerzos, haya podido y pueda nunca vender el suelo en virtud de otro principio: el suelo, decimos, no es la propiedad de generación alguna en particular, sino de todas las generaciones pasadas que han trabajado sobre él y de todas las generaciones futuras que sobre él deben trabajar.

Tomás Carlyle (*)

(Del libro *Pasado y Presente*.)

(Envío de la señorita maestra Teresa Masferrer, San Salvador, 31 de julio de 1907.)

Estraño fenómeno

Miraba yo un día dos cuadros que representaban una de las escenas de que San Petersburgo acaba de ser el teatro.

El primer cuadro, con esta leyenda: *Aspecto de la plaza antes del fusilamiento*, mostraba soldados bien alineados tirando sobre la muchedumbre, en la que se encontraban mezclados hombres, mujeres y niños.

(*) Moralista escosés, ensayista é historiador. Vivió de 1795 á 1881. Es el notable autor de *Los heroes*, *La Revolución Francesa*, *Pasado y Presente*, *Cartas de Cronwell*, etc.

El otro tenía este título: *Aspecto de la plaza después del fusilamiento*. De un lado se veían los soldados que habían descansado sus armas; del otro, la plaza en donde estaba antes la muchedumbre, ahora se encontraba vacía. Había muertos y heridos tendidos en el suelo.

Y yo pensaba que esos dos cuadros sintetizan un fenómeno de los más estraños, fenómeno en el que casi no fijamos la atención, tan natural parece.

Los hombres vestidos de soldados han salido de la muchedumbre. Desde el momento en que salieron, han renunciado á tener una voluntad y han consentido en abandonar la facultad de razonar, en provecho de otros hombres, en corto número, que llevan galones dorados y que les hacen la vida más bien pesada.

Estos, irresponsables, después de todo, recibiendo ellos también órdenes que no tienen derecho de discutir, pronuncian una sola palabra: fuego!, lo que equivale á decir: tirad, sin saber por qué, sobre esta muchedumbre de la que habéis salido y á la cual volveréis, con la que habéis compartido y compartiréis todavía las miserias, las necesidades, las ideas y las aspiraciones.

De un momento á otro, sin un solo minuto de incertidumbre, los hombres vestidos de soldados, matan á las gentes que se les designa.

Tal es el fenómeno. Y encontramos personas doctas que se encargan de demostrarnos que es necesario que las cosas sucedan así, que no podría ser de otro modo en un estado bien organizado.

Otro hecho asombroso: la muchedumbre sobre la cual se tira, pasado el momento en que recibe los tiros, es de esa misma opinión. La prueba está en que los hijos toman el puesto de sus padres cuando éstos dejan de ser fusiladores, para volver á ser fusilables.

Cuando vemos estas cosas no podemos menos que pensar que tenía muchísima razón el poeta cuando escribía:

*De todos los animales que en el aire se elevan,
que en la tierra caminan o nadan en el mar,
de Paris al Perú, de Roma hasta el Japón
más idiota que el hombre, no hay uno á mi entender.*

Ya lo creo que sí! Cómo se podría pretender lo contrario?

H. Harduin ()*

(*Le Matin*, 27 de enero de 1905.)

(Traducción de Rafael Eduarte S.)

JOHN RUSKIN (*)

Ojos y microscopios

Las flores, como todo lo que es bello en el mundo visible, sólo se pueden ver bien con los ojos que nos dió el Dios que las hizo, no con microscopios ni con lentes. Estos tienen sus aplicaciones para los curiosos y para los ancianos; como los zancos y las muletas las tienen para las personas que necesitan andar por el fango ó para las que no pueden caminar con seguridad á no ser con tres patas. Pero, estando sanos de espíritu y de cuerpo, los hombres deben ver con sus propios ojos, oír y hablar sin trompetas, caminar con sus pies, no con muletas, y trabajar y guerrear con sus brazos, no con cañones ni bayonetas que permiten matar hombres á quemarropa, antes de que podáis verlos. El uso de las grandes fuerzas mecánicas puede en verdad ser á veces compatible

(*) Con el título general de *Propos d' un Parisien* escribe muy amenudo este escritor en *Le Matin* de Paris artículos cortos muy celebrados por su delicadeza, su penetración y su ironía fina.

(**) Referencias y más trocitos escogidos de este buen autor, véanse en el N^o 13 de ARIEL.

con el debido ejercicio de las nuestras; pero el uso de instrumentos para exagerar la potencia de la vista nos priva necesariamente de los mejores placeres de la vista. Una flor ha de ser contemplada, cuando crece, en su asociación con la tierra, el aire y el rocío; sus hojas han de verse cuando se despliegan á la luz del sol; sus colores, cuando bordan el campo ó iluminan el bosque. Disecadlas ó miradlas con lentes de aumento, y lo que descubris ó aprendéis en definitiva será que los robles, rosas y margaritas están todos compuestos de fibras y cortezas, y éstas á su vez, de carbón, de leña y agua; pero de su desarrollo nadie sabe nada.

Sobre el cultivo de jardines

Sois un muchacho ó una doncella. Qué podéis hacer? No tenéis jardín cerca donde podáis conseguir que alguna persona generosa deje escardar la cizaña ó deje barrer las hojas muertas? (Una vez permití que una activa muchachita de diez años segase mi jardín, y ahora, aunque hace mucho, habla siempre como si el favor se lo hubiese hecho á ella y no al jardín y á mí.) No hay sitio polvoriento que podáis regar? Sólo con que sea el camino que hay delante de vuestra vista, el transeunte os lo agradecerá. No hay una cuneta (1) á orillas del camino que pueda despojarse de su inmundicia apiñada para dejar que corra el agua clara? No hay un montón de pedazos de ladrillo que podáis apilar ordenadamente? Os avergonzáis de eso? Sí; esta falsa vergüenza es el arma favorita del demonio. Más trabaja con ella que con el falso orgullo. Porque con el falso orgullo sólo agujijonea el mal; mas con la falsa vergüenza paraliza el bien.

Pero no tenéis terreno propio, sois una mucha-

(1) Zanja.

cha y no podéis trabajar en el de otras personas? Al menos tenéis una ventana propia. Con muy poca ayuda del carpintero podéis arreglar fuera de ella un terreno seguro, donde podéis plantar algo. Si disfrutáis algún favor de la fortuna, podéis criar una rosa ó una madreselva ú otra planta alrededor de vuestra ventana; una tranquila rama de hiedra, ó si es por amor de sus hojas solamente, un zarcillo ó dos de vid. Sólo que estad seguros de que todas vuestras plantas favoritas se conservan bien fuera de la ventana. No vayáis á tener tiestos en la alcoba, á no ser que estéis enfermo.

El primer objeto de vuestro cultivo de jardín es sujetaros al trabajo al aire libre, siempre que sea posible. Debéis tener fuerza para resistir los golpes de viento; os arriesgaréis en podaduras, y plantaciones, siempre á pleno aire, bajo la radiante alegría de los cielos y no en salones húmedos y perfumados. La utilidad de vuestro jardín para la familia debe estribar principalmente en los vegetales que podéis sacar de él, y, respecto á éstos, vuestra observancia de la temperatura y de la autoridad de las estrellas es un deber vital. Todo clima da su aliento vegetal á sus criaturas vivas en buena sazón; vuestro oficio es conocer esa sazón y estar preparado para ella y para tomar el saludable lujo que la Naturaleza os concede en este raro gusto anual de la cosa dada en su debido tiempo. La vil y voraz costumbre moderna de no violentar nunca permite al pueblo disfrutar de algo. Por último y principalmente: vuestro jardín os pone en condiciones de llegar á conocer las plantas, cuyo conocimiento os podrá servir en el país en que vivís para comunicarlos á otros, y enseñarlos á tomar gusto por la hierba verde, que se da como alimento, y la flor brillante, que se da como alegría. Y vuestro oficio no es hacer alegre y floreciente como la rosa el invernadero ó la estufa, sino el lugar desierto y solitario.

Sobre la educación de los niños

La principal tarea del maestro consiste en hacer de la lealtad una costumbre que podrá ejercerse en todas las partes de la educación. Ante todo se acostumbrará á los niños á la exactitud más rigurosa cuando refieren algo, y á considerar esta exactitud como un punto de honor, un talento de expresión.

Se hará concurso entre los niños para ver quien referirá más fielmente, no sólo respecto del hecho que se refiera, sin atenuarle ni exagerarle, sino también acerca de las palabras que deberán emplearse. Así es como la verdad resultará lo que es en efecto, la piedra de toque del lenguaje castigado, escogido, y que el estudio y el arte de expresión tendrán todo el interés de un fin moral. Se pondrá el mismo cuidado en todas las costumbres del pensamiento y de la observación hasta llegar á pensar las cosas como son realmente y á verlas como son en realidad en la medida que esto dependa de nosotros. Y que esto depende mucho de nosotros es indudable. Porque toda la falsedad de nuestras concepciones y de nuestras percepciones vienen principalmente de que nos complacemos en imaginar aquello con que no tenemos relación alguna y tratamos de ver lo que *deseamos* ver en lugar de lo que *deberíamos* ver.

«No hables sino de lo que sabes, no juzgues sino las cosas para las cuales tienes elementos equitativos de juicio, y no trates de ver solamente las cosas que te plazcan, cuando hay otras que ver,»

He ahí la lección que se ha de enseñar á nuestros hijos y los principios de que deben penetrarse, sobre todo por nuestro propio ejemplo y por nuestra propia circunspección. No enseñéis jamás á un niño aquello de que vos mismo no estéis cierto, y sobre todo si deseáis con empeño ponerle en la mente, en una tierna edad un principio que la facilidad de la asimilación de la infancia pueda afirmar en ella, aseguraos de que no es una men-

tira aquello á que dais tan sagrado carácter. Hay siempre más nocimientos absolutamente incontestables que los que un niño puede aprender, y á los cuales sus facultades están abiertas, sin que sea necesario enseñarle nada dudoso. Más vale que ignore mil verdades que haber consagrado una sola mentira en su corazón.

Adiestramiento en los oficios manuales

Sería parte de mi plan de educación física que todo joven del Estado—desde el hijo del Rey para abajo—aprendiese á hacer con sus manos algo bien, para que supiese lo que significa el toque, y lo que significa la artesanía vigorosa; y para informarle además de muchas cosas que ningún hombre puede aprender sino por alguna disciplina severamente observada. Que aprenda de una vez á cepillar cuidadosamente un tablón ó dibujar una curva delicada sin titubear ó á machacar el ladrillo en su almirez, y con eso ha aprendido una multitud de cosas que jamás ningún hombre le enseñaría. Escogería su oficio, pero, cualquiera que fuese, lo aprendería en cierto grado suficiente de verdadera destreza; y el resultado sería, en el trascurso de la vida, que entre las clases medias se haría mucho del ajuar de su casa y una gran parte de rudo trabajo lo harían, más ó menos torpemente, pero no ineficazmente, el amo y sus hijos, con gran provecho de la salud general y de la paz del espíritu, aumento del inocente orgullo y regocijo doméstico y extinción de mucha tapicería vulgar y otros mezquinos trabajos vulgares.

*
* *
*

Todos los jóvenes, de cualquier categoría, deben aprender á fondo algún oficio manual; porque

es verdaderamente admirable cuántas perspectivas de la vida de un hombre son aclaradas por la adquisición de la capacidad de hacer alguna cosa bien con sus brazos ó con sus manos. Durante mucho tiempo, el que fuese buena la vida en las clases elevadas de Europa dependió el alto grado de la necesidad de que cada hombre aprendiese á defenderse; hoy día, las cosas más útiles que los niños aprenden en las escuelas públicas son, á mi entender, equitación, natación y gimnasia. Pero sería mucho mejor que los miembros del Parlamento fuesen capaces de arar la tierra en línea recta y de hacer una herradura, y no sólo de empenachar remos pulidamente ó de enseñar su lindo calzado en el estribo de los coches.

Los grandes hombres laboriosos

Si fuésemos interrogados bruscamente y obligados á decir qué cualidades distinguen á los grandes artistas de los artistas flojos, supongo que responderíamos: primero, su sensibilidad y ternura; segundo, su imaginación, y en tercer lugar, su laboriosidad. Algunos de nosotros dudaríamos quizá de que, en justicia, se debiese conceder tanta importancia á este último carácter, porque todos hemos conocido hombres sabios que fueron indolentes, y hombres imbéciles que fueron trabajadores. Pero aunque podáis haber conocido hombres sabios que fueron perezosos, nunca conoceríais un *grande hombre* que lo fuese; y en el trascurso de las investigaciones que he podido hacer sobre las vidas de los artistas, cuyas obras son por todos conceptos las más grandes, no he visto hecho más comprobado ni ley más constante en la universalidad de su aplicación que el hecho y la ley de que todos son grandes trabajadores; nada referente á ellos es materia de más asombro que las energías que han dispendiado en el vigor de su vida; y cuando sé de un joven

de quien se me habla como prometedor de un gran genio, lo primero que pregunto sobre él es siempre: Trabaja? Pero aunque esta cualidad de ser trabajador es esencial á un artista, no hace de ningún modo un artista; hay muchas personas laboriosas cuyas obras son de poco valor. Ni tampoco la sensibilidad hace un artista; dado que, como yo creo, muchos, que ni se cuidan del arte, sienten delicada y vigorosamente. Pero las cualidades que distinguen á un artista—sin las cuales sólo llegará á ser insignificante en vida y olvidado en muerte,—*con* las cuales puede llegar á ser uno de los hombres que conmueven la tierra y brillan intensamente en los cielos—son las de simpatía é imaginación.

Educación y crimen

El crimen no puede ser impedido por el castigo: siempre encontrará alguna forma y salida; alguna forma que no tenga castigo, alguna salida que no esté cerrada. El crimen sólo puede ser verdaderamente refrenado no dejando al hombre hacerse criminal; quitando el *deseo* de cometer el pecado, no simplemente por haberlo cometido. El crimen, pequeño ó grande, sólo puede ser verdaderamente evitado por la educación, no sólo la educación de la inteligencia, que en algunos hombres es excesiva y para otros perjudicial, sino la educación del corazón, que es á la vez buena y necesaria para todos.

Esclavitud

Sabéis lo que significa la esclavitud? Suponed que un corsario bárbaro cautiva á un caballero y lo manda al campo á trabajar, encadenándolo y

azotándolo desde la mañana hasta la noche. Acaso por eso es un esclavo? De ningún modo; no es nada más que un prisionero tratado con dureza. Hay algunos trabajos que el bárbaro corsario no podrá obligarle á hacer: los que un caballero cristiano no debe ni quiere hacer, aunque muera. Llegará á estar encadenado y azotado; pero ha oído hablar de una persona que estuvo encadenada y azotada, y no era por eso un esclavo. Así, pues, no es esclavo en manera alguna. Pero suponed que acepta la paga del pirata y doblega su espalda á los remos del pirata, recibiendo el salario correspondiente. Suponed que por el precio adecuado hace traición á sus compañeros de esclavitud y da el azote en vez de sufrirlo; entonces golpea en vez de ser golpeado, á escondidas del africano. De todas las nociones estúpidas de nuestro «espíritu» público, creo que la más insulsa es que la esclavitud se neutraliza cuando se os paga bien por ella. Por el contrario, precisamente, el hecho de pagarla es lo que la completa. Un hombre que ha sido vendido por otro, puede ser esclavo á medias y hasta puede no serlo: pero el hombre que se ha vendido! Ese es el esclavo por excelencia.

Jóvenes, ved mi ejemplo. Yo he crecido en medio de las luchas. He consagrado mis días al amor de la verdad; y si soy una gloria, es porque a veces he osado levantarme hasta ella. Cada una de mis obras ha sido un combate empeñado contra la ignorancia y la estolidez. Hoy tengo la alegría de haber hecho retroceder un paso al convencionalismo. Imitadme, pues; proseguid la obra donde la edad me obliga á abandonarla; ahondad más el surco, si podéis; caminad hacia todas esas verdades que yo he sentido y no he podido decir. Así continuaréis la labor humana, la labor de los siglos que es marchar hacia la luz. Sólo á ese precio seréis grandes un día.

Emilio Zola